

Raquel Bouso, *Zen*, Barcelona, Fragmenta Editorial, 2012.

Rebeca Maldonado/UNAM  
Noviembre de 2102

Raquel Bouso aparte de ser una imprescindible traductora de textos filosóficos budistas del japonés, es la escritora de un libro discreto, íntimo, que invita a guardar una medida de las cosas. *Zen* se mueve “a una pulgada del suelo”, sin altisonancias, en una especie de escritura meditativa, “que sabe qué es suficiente”. Su misma escritura es una purga de grandilocuencias, un cultivo de lo simple, que nos hace ver cómo la vida que vale la pena de vivirse no se hace de afanes, de proyectos y deseos obstructivos, sino de manera directa e inmediata, a cada instante.

“La persona vista así no es algo, sino que se construye a cada instante y en relación con los demás” (p.31)

La práctica del zen en esencia emerge de un instante de tiempo donde un ser humano sentado frente a la pared, en silencio y quieto va encontrando sumido en el silencio y en la respiración “su hondura”, actualizando como dice Shizuteru Ueda en *Zen y filosofía*, el plano más hondo de sí mismo, la apertura. Donde irremediamente, oír será verdadero oír, oler será verdadero oler, y ver a otro no será un solo pasar la vista, si no verlo verdaderamente.

Nos dice Raquel:

“La atención a cada gesto con que se llevan a cabo las ocupaciones de la vida diaria apunta a otro aspecto peculiar de la actitud de respeto y servidumbre hacia los otros que propugna el zen: es el hecho de que la hace extensible a todas las cosas, ya sean naturales o artificiales” (p. 32)

El campo de experiencia no estará detenido en algo que llamaríamos nuestras cosas, nuestros asuntos, nuestros intereses, que es, lo que según Juan Arnau

sólo puede ver un espíritu codicioso, como el banquero, circunscrito a su ser, cárcel y carcelero de sí mismo, esclavo de las cosas y de sí mismo.

Contrario a ello, el campo del que cuida la apertura, se irá extendiéndose cotidianamente, todo lo que nos parecía imprescindible y a la vez invivible, fuente de sufrimientos atroces, caerá como una torre de jade estrepitosamente (Hakuin); nuestras sogas más gruesas, se irán desatando, y nuestro campo antes pequeño, mínimo, que viajaba y venía con sus angustias, se convertirá en algo nuevo, tan recién nacido como nosotros mismos.

Podríamos decir, cuando oír es oír, tocar, es tocar, ver, ver, respirar, respirar, entonces Tú serás tú.

Es de sorprender que la vida penda de la naturalidad más profunda de las cosas.

Tendremos proyectos, pero esos se viven no como absolutos, no como nuestros amos, sino como algo que va a mano con cada instante de la vida, a mano con los asuntos diarios, como algo que se puede ralentizar y con ello adquirir raíz y hondura.

Ahí crece, otro modo de ser, resguarda ese instante capaz de crear un flujo de experiencia viva, sintiente, plena, atenta, capaz de abrigar cada cosa y cada ser, capaz de responder a cada situación –como dice Bouso- “desde donde una persona es más auténticamente uno mismo”, desde un lugar no sujeto a la servidumbre de nadie, abierto, claro que da cobijo a nuestra existencia y a la de todas las cosas.

Independientemente como se logre Bankei, dirá que la naturaleza búdica es “un estado natural en todos los seres y, que, por lo tanto podía ser alcanzado en cada actividad”. (p. 63)

Este librito nos recuerda que el Maestro Linji “conmina a sus discípulos a abandonar cualquier tipo de condicionamiento para que vivan completamente libres, en un estado de máxima apertura”. (p. 49) pero también nos recuerda que “tras la apuesta de Linji por una forma de vida sencilla reside un alto nivel de exigencia: el precio de la máxima libertad es una extrema renuncia” (p. 49) Dice Raquel “el hombre verdadero no depende de nada y por ello, en cada situación (...) sabe reaccionar de manera simple, natural e instantánea” (p. 49) Hablemos de otra manera, se trata del poder del no tener poder, del hombre sin circunstancia, del hombre sin rango de Linji, que no atado a las existencias, ni a los nombres, ni a los puestos, ni a las ceremonias, ganará en simplicidad, en facilidad, en sencillez, en suma, en libertad.

El lector que se adentre en estas páginas tendrá en sus manos un libro sobre *Zen* que no olvida todas las afloraciones y retoños que emergen desde su suelo. El respeto a cada cosa no puede pues sino devenir arte que es “manifestación de un despertar”. Así nuestra autora nos acerca con sencillez y esto quiere decir de manera esencial a la esencia de las artes zen o a las diferentes vías del arte.

Éstas ya sea como maestro, como espectador, van precedidas de “la atención a los gestos, el control de la respiración, o la concentración en la acción” (p. 68) que permitirán a su vez la soltura, el despliegue libre de todas las potencialidades espirituales y corporales.

Las artes zen incorporan artistas y expectadores. Dice Raquel Bouso:

Por un lado “el artista no ha de conseguir una finalidad externa –prestigio, fama, dinero---sino que debe dejar que la obra de arte misma se realice a través de él en un acto aparentemente espontáneo y, sin embargo, resultado de una ejercitación ascética continuada”

Por otro lado: “el espectador no debe de proyectar sus expectativas en la obra que contempla, sino dirigirse hacia ella desinteresadamente, pues únicamente alcanzando el estado espiritual del artista podrá alcanzar su valor en cuanto expresión vital” (p. 68)

Se trata del juego entre artista y espectadores que va conformando la comunidad.

Nietzsche hablaba de hacer de la vida una obra de arte, nunca esto es más cierto que en el zen, la vida deviene obra de arte justo porque ha abandonado el cierre del sentido en un fin, abandonándose a la dignificación de cada existente, anidándose en cada cosa.

Por eso Raquel nos recuerda que el artista se expresa libremente pero en esa libertad lo que importa es “captar la esencia del objeto” (p. 71)

Siguiendo a Hitsumatsu dice Bouso “el arte zen no busca la regularidad, la perfección o la exactitud, -dice nuestra autora- sino la belleza de lo fragmentario en la simetría o la aspereza. Expresa sobriedad, prefiere la simplicidad al exceso, lo sencillo al detalle y la complejidad. Busca la belleza en lo antiguo, lo que está marcado por el paso del tiempo y dotado por ello de una austera dignidad: aquello que ha sido recubierto por la pátina del tiempo...y que tenido por inútil manifiesta desnuda su esencia” (p. 71)

A lo cual se agrega lo natural y espontáneo, el estar desprovisto de artificio, siendo capaz de transmitir una profundidad insondable y a la vez una plenitud infinita.

Así en el tratamiento de las vías del Zen que elabora Bouso nos damos cuenta de los modos de conversión del ente de manera que ahora aparecen con toda su dignidad, sobriedad y sencillez.

Quiero rescatar algo de este libro, el punto que me parece fundamental, es que el zen es la práctica de la vida cotidiana, y como nos dice Raquel, esa práctica nos hace “vivir más intensamente la vida en su sencillez y simplicidad”.

Y es verdad, porque el eje del zen puesto en el presente, que hace del presente el alfa y el omega de la vida nos hace vivir y responder a cada instante con intensidad. “Cada instante que doy, derramo la sangre de mi vida” dice un maestro zen. Pero eso viene de prácticas que apuestan todo a lo pequeño a cada bocado, a cada paso, a cada respiración, a cada instante.

Este libro da cuenta del microcosmos del zen, ese tejido de práctica, tradición, pensamiento y arte que finalmente incide en la vida de cada día de sus practicantes.

Termino con una descripción de la ceremonia del té:

“las acciones que componen la ceremonia son expresiones de la vida cotidiana –hervir agua, añadir el té verde en polvo, removerlo hasta disolverlo, ofrecerlo a los invitados y beberlo-, pero son realizadas a un ritmo lento para favorecer la atención máxima...Girar la taza de té para la degustación; sostenerla; beber lentamente un sorbo de té, comentar el aroma; tomar otro sorbo; limpiar la taza en el punto donde se ha bebido; hacerla girar y pasar hacia el otro huésped”

He aquí la vida convertida en obra de arte.

Por cierto, simplicidad, dignidad y sencillez es lo que también respiramos en este libro.